GIRÓN DE NIEBLA

(*Cuento*)

Acababa de despertarse, de recobrar la conciencia de de si misma, y no quería moverse, como si anhelara eternizar aquella laxitud enervadora que sumiéndola en los limbos de lo inconsciente le producía la ilusión del no ser en que ansiaba esfumarse. Adivinaba, sin abrir los ojos, que la indiscreta luz del día, entrándose por los intersticios de la ventana que caía al Oriente, animaría los impalpables átomos que poblaban la atmósfera de su alcoba, y no quería ver la luz, temerosa de advertir como palidecería y desmayaría al encontrar silenciosa y sola la cuna del ser que todas las mañanas agitaba los bracitos al sentir al través de los párpados rosados y ténues la luminosa caricia del sol . . .

Era aquel nido vacío, mudo e inmóvil, que la ponía espanto: era la desolada soledad de aquel dormitorio que la obligaba a apretar los párpados cual si pretendiera aislar el pensamiento de las sugestiones del medio o evitar que se escapara de la cámara sensorial la imagen del angel adorado que no había de calentar más nunca la silenciosa cuna, que, como en días mejores, permanecía arrimadita a su lecho . . Aquellos ojitos azules en cuyas pupilas sorprendía la infeliz un reflejo de la mirada acariciadora e irresistible del que la había hecho desgraciada; aquella boquita hechicera cuyas mieles endulzaban todas las amarguras de su vida: aquellos bucles áureos en que se envolvía la cabecita mas hermosa que Dios podía crear, sólo había de verlos *mirando para adentro*, abstrayéndose

de la realidad, viviendo en la penumbra, ensimismándose para siempre. No recordaba cuantas horas iban transcurridas desde que arrancáronle, casi violentamente, el vergonzoso fruto de su único amor en la tierra, para escondérselo quien sabe en que rincón anónimo del cementerio, y, cumplida la obra de misericordia, nadia quizo acordarse de la mujer indigna que tuvo el cinismo de prostituirse y de mostrar—simulando la serenidad y la firmeza de la mujer bíblica,—el pecado de su prostitución sin rubores ni escrúpulos de delicadeza social. En verdad, ella había provocado las iras de las falsas virtudes, de la dignidad convencional, del honor acomodaticio, enorgulleciéndose de su falta, sonriendo a la prueba de su degradación como si tuviese á poco llevar en los labios el dejo de los pétalos ajados y en el fondo de sus pupilas de obsidiana el secreto de los misterios del amor. Su estoicismo frente a los desprecios del mundo, su resistencia a las humillaciones vergonzantes, eran un insulto que no podían tolerar las púdicas matronas que quizás habían pedido prestado el cendal que dejaron en su alfeizar de desposadas; que tal vez no ofrecieron al tálamo otra virginidad que la simbólica de los azahares que les sirvieron de diadema en el día de los redentores connubios . . .

¡ Ay, Dios ! Mal sabían ellas que no era descaro su entereza: mal sabían ellas que aquella energía retadora era artificial e insostenible: mal sabían ellas que lo erecto del busto, y el trictus de los desdenes, y la mirada desafiadora no eran otra cosa que armas de defensa con las cuales pretendía abroquelar el ser querido a quien la sociedad había de morder haciéndolo responsable de una falta que no era suya . . Ahora que la muerte piadosa había librado al inocente de las venganzas sociales, ahora que no tenía necesidad de defenderlo de los desprecios del mundo, podía distender los nervios y olvidar las fingidas soberbias para llorar mucho, para llorar siempre aquel

pedacito de su corazón que había sido la florescencia de todas sus ternuras de mujer, su sueño mas hermoso, hecho carne blanca y rosada . . Por él hubiera seguido desafiando todas las malevolencias, saltando todos los escollos, conjurando todos los peligros, sonriendo a todas las amarguras de su abandono. Sin él no valía la pena de vivir y por eso se dejaba estar en laxitud casi voluptuosa, apretando mucho los párpados para no ver el escenario de su felicitad desvanecida, rebelde a las necesidades fisiológicas, perdida la noción del tiempo, empeñada en no dejar que adurmiera una sola de sus tristezas íntimas, mariposeando con el pensamiento por los umbrales de la idea fija . . .

José A. Trelles.